

Polarización social en Venezuela: una aproximación psicopolítica

Mireya Lozada

mireyaloza@gmail.com

Instituto de Psicología, Universidad Central de Venezuela

Resumen

En un conflictivo contexto, donde la polarización parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control social, se han agudizado en América Latina conflictos socioeconómicos y político-institucionales.

Así, se han agudizado conflictos entre distintos sectores políticos y sociales, que han dificultado las posibilidades de lograr acuerdos en torno a asuntos de interés común. Asimismo, se ha revelado la emergencia y resignificación de valores, creencias, símbolos y mitos del imaginario social, expresados en una multiplicidad de espacios sociales, públicos, privados, corporales y territoriales, a través de discursos verbales e icónicos de gran fuerza simbólica.

A partir de las reflexiones derivadas de la investigación-acción desarrolladas con diferentes sectores sociales, se exponen los ejes problemáticos de la polarización y su impacto psicosocial.

Palabras clave: polarización social, psicología política y sufrimiento ético-político

Recibido: 17 de marzo de 2011

Aprobado: 14 de abril de 2011

Social polarization in Venezuela: A psycho-political approximation

Abstract

In a conflictive context, where the polarization seems to rise and extend itself as a mechanism of power and social control, socio-economic and political-institutional conflicts have been intensified in Latin America.

In this context, conflicts between different political and social sectors have been intensified; this has hampered the possibility to achieve agreements on matters of common interest. The emergence and new meaning of values, beliefs, symbols and myths of the social imaginary is revealed, expressed by a multiplicity of social spaces, public, private, territorial and corporal through verbal and iconic speech of great symbolic power.

From derived reflections of the investigation-action, developed with different social sectors, the problematic axes of the polarization and its psycho-social impact are exposed.

Key words: social polarization, political psychology, ethical-political suffering

En agosto del año 1986, en el marco del Congreso Interamericano de Psicología que se celebraba en Caracas, el psicólogo social y jesuita salvadoreño Ignacio Martín-Baró¹ describía la cruenta guerra salvadoreña, sus innumerables consecuencias, así como el análisis profundo de los procesos de polarización social que la caracterizaban. Sus propuestas tan brillantes y sensiblemente expuestas en dicho taller, reposaron en apuntes, mientras otras interrogantes y desafíos planteados en su problematización crítica de la psicología latinoamericana ocuparon la atención en mis búsquedas teórico-metodológicas en el campo de la psicología política.

Quince años después, a mediados del año 2001, en medio de la incertidumbre e impotencia paralizante provocada por la agudización del conflicto sociopolítico en Venezuela y la radicalización de posturas de adhesión o rechazo a la propuesta gubernamental, aquellas lecciones sobre polarización social se constituyeron en una valiosísima guía de reflexión-acción.

De la vivencia y experiencia en docencia e investigación y del acompañamiento psicosocial a personas y grupos de distintos sectores sociales realizado durante este período, desde el Instituto de Psicología de la Universidad Central de Venezuela y desde acciones a favor del diálogo y la paz con distintos sectores sociales y políticos, desarrolladas con los grupos “Fortalecer la Paz en Venezuela” y “Aquí Cabemos Todos”, surgen algunos ejes de problematización en torno al tema de la polarización y su impacto psicosocial que expondré acá.

VENEZUELA: DE LA ILUSIÓN DEL CAMBIO A LA POLARIZACIÓN

En diciembre de 1998, al asumir la presidencia de la República, amplios sectores nacionales cifraron sus esperanzas en Hugo Chávez. La ilusión del cambio (Lozada, 2001) estaba centrada en la superación de la crisis socio-económica y política que atravesaba el país, y el reconocimiento de nuevos actores, escenarios y discursos que acusaban el desgaste del bipartidismo, clientelismo y populismo de la democracia venezolana.

¹ El 16 de noviembre de 1989, Ignacio Martín-Baró, S.J. murió asesinado por los escuadrones de la muerte, junto con otros cinco jesuitas, en la Universidad Centro Americana José Simeón Cañas, El Salvador, donde ejercía funciones de Vicerrector.

Hoy, más de diez años después, la figura central sigue siendo Chávez y se mantiene la ilusión del cambio, cambio que para un sector de la población sólo es posible si Chávez deja la presidencia, para otro sector si continúa en ella y para un tercer sector ni lo uno, ni lo otro. Esta paradójica ilusión da cuenta de un proceso de polarización social, que ha agudizado el conflicto sociopolítico durante los últimos años en el país, y durante el cual distintas instituciones y sectores sociales (educativos, comunitarios, familiares, religiosos, policiales, militares, mediáticos, académicos, científicos, etcétera) han tomado partido a favor o en contra de la propuesta liderada por el presidente Hugo Chávez.

Si bien el conflicto ha funcionado como catalizador de la toma de conciencia, estimulado la participación y reforzado la identidad de distintos grupos, también ha generado una intensa confrontación entre sectores opuestos políticamente, incrementado los niveles de violencia sociopolítica y dificultando las posibilidades de dialogar o lograr acuerdos en torno a asuntos de interés común.

En este contexto, una serie de interrogantes ha sido recurrente: ¿Cómo llegamos hasta aquí? ¿Por qué la sociedad venezolana contemporánea, de alabada convivialidad, solidaridad y pacifismo, enfrenta este agudo proceso de polarización que divide a distintos sectores sociales? ¿Cuándo y cómo se construyó esta fractura del tejido social en Venezuela?

Dentro, o más allá del dilema maniqueo “chavismo-antichavismo”², son muchas las respuestas otorgadas: unas atribuyen la responsabilidad al carácter autoritario del proyecto político gubernamental, otras subrayan el impacto de distintas acciones insurreccionales de sectores de oposición y de los factores de profundización del conflicto en momentos coyunturales (golpe de Estado 2002, paro cívico y petrolero, referendos revocatorio y constitucional, p.e.), la ausencia de una propuesta política y liderazgo alternativo al gubernamental, mientras que algunas reconocen paralelamente a estos factores, rastros de la herencia de violencia política venezolana², u otros factores que explican la multicausalidad histórica y

² Además de la violencia política del siglo XIX, tanto en los regímenes dictatoriales como en los sistemas democráticos del siglo XX, se reconocen fuertes expresiones de violencia política y social en Venezuela. Ésta se manifestó, entre otros signos, en persecución, tortura y asesinato político (p.e., Leonardo Ruiz Pineda y Jorge Rodríguez), masacres (El Amparo, Cantaura, Yumare); lucha armada (años sesenta y setenta), protestas callejeras (Viernes Negro, Caracazo); además de los distintos signos de violencia social que se

estructural de la crisis venezolana, entre los cuales figuran las profundas diferencias de clases, exclusión social, marginalidad, injusticia, inseguridad, pobreza, desempleo, violencia, mantenidas durante más de cinco décadas de democracia en el país; la pérdida de credibilidad de las instituciones, el agotamiento y descrédito del modelo político tradicional y sus formas clientelares, autoritarias y corruptas del ejercicio del poder, así como los límites del sistema democrático venezolano, destacando el rol que la riqueza derivada del petróleo jugó en su desarrollo y sus crisis (Ellner y Hellinger, 2003; Medina y López Maya, 2003; García-Guadilla, 2003, Coronil, 2002).

Adicionalmente, se reconocen otros factores que han contribuido a agudizar la polarización: la confrontación de dos modelos de país, de desarrollo, de sociedad, que defienden los grupos en conflicto, así como la violencia del discurso sostenido tanto por el Presidente de la República como por los actores políticos de gobierno y oposición, sus adeptos y los medios de comunicación estatales y privados, en espacios públicos reales y virtuales³.

Más que profundizar en el análisis de esta diversidad de factores causales o detallar los vaivenes de la conflictividad sociopolítica en los años recientes en Venezuela, nos interesa caracterizar acá el proceso de polarización social, su naturalización y legitimación en distintos sectores sociales y políticos, así como el fuerte impacto psicosocial que genera en la población.

han incrementando a lo largo del período democrático. Pero, si efectivamente la violencia política se ha expresado en distintos momentos de la historia del país más que reconocerla como suerte de sinonimia de aquella cultura de la violencia, enfoque fatalista y determinista que entiende la violencia como forma constitutiva de ciertos colectivos, interesa apuntar hacia una reconstrucción crítica de esta memoria histórica desde el punto de vista psicosocial, desde el análisis de ciertos referentes simbólicos, representaciones e imaginarios sociales que junto con los factores estructurales ya señalados, han contribuido a agudizar el conflicto político y los niveles de polarización social.

³ El conflicto político que ha luchado por el poder y control social en las calles e instituciones públicas y privadas en Venezuela en los últimos años, libra también su batalla en el espacio virtual. En una multiplicidad de páginas de opinión política en la red, se revela la desconfianza y el cuestionamiento a la legitimidad del otro como interlocutor válido. En general, los internautas no operan en el ámbito de la argumentación o la retórica. La violencia discursiva en la red está menos determinada por su coherencia racional que por la intensidad de la carga emocional que moviliza. Tal como afirma Mitchell (1996), la red elimina la dimensión tradicional de la legibilidad cívica y libera del lazo moral.

1. LA POLARIZACIÓN SOCIAL

En el proceso de polarización social, la postura del propio grupo implica la referencia negativa a la posición del otro grupo. Así, la representación idealizada del propio grupo contrasta con la representación satanizada del grupo contrario percibido como enemigo.

La polarización puede ser entendida psicológicamente como:

1. Un *estrechamiento del campo perceptivo*: el esquema dicotómico “*nosotros-ellos*” se impone a todos los ámbitos de la existencia y, por consiguiente, se sobrepone a cualquier otro esquema perceptivo, condicionando el significado de todos los hechos, acciones y objetos.
2. La asignación de una *fuerte carga emocional* a todos los objetos, siguiendo el esquema dicotómico y simplificado: las cosas se aceptan o se rechazan totalmente, sin matices.
3. El *involucramiento personal* en todo lo que ocurre: cualquier suceso captado en los términos polarizados parece afectar a la propia persona” (Martín-Baró, 1985, p. 20)

Esta compleja dinámica donde el acercamiento a uno de los polos arrastra no sólo el alejamiento, sino el rechazo activo del otro, reduce la amplia gama de opciones y posiciones a sólo dos visiones opuestas: nosotros-ellos. Estas posiciones asumen un carácter rígido e intolerante y la discusión, el diálogo y debate de posiciones diversas, se sustituye por la utilización de estereotipos, descalificaciones, discriminación y exclusión de personas o grupos, a través de referencias a la condición de clase, etnia, raza, sexo u otras características grupales o partidistas⁴.

⁴ Así, amparados en el anonimato en espacios virtuales y en medios públicos y privados, adeptos u opositores multiplican los estereotipos y la discriminación y exclusión del *otro* a través de insultos, amenazas, uso de la sátira, ironía, delación y descalificación, desde referencias a clase social, etnia, raza u otras características grupales o partidistas, que hacen extensivas a allegados y familiares del opositor (Lozada, 2004b). En medio de un clima de exacerbación emotiva, los representantes de sectores políticos opuestos, así como sus adeptos, han utilizado la violencia verbal. Entre las expresiones que han sido utilizadas para referirse al Presidente de la República y a sectores progobierno se encuentran: chaburro, poseso, Esteban de Jesús, Chacumbele, lumpen, chusmas, hordas, turbas, tierrúos, círculos infernales, piazos e' loco, indios, macacos, mono tarifado, chabestias, tarados comunistas, mamarracho oficialista, pichón de Chávez, etcétera. Algunas de aquellas utilizadas para referirse a personeros y sectores prooposición son: escuálidos, escuacas, escoria, opusgay, cúpulas podridas, talibanes, golpistas, ignorantes,

A nivel relacional, la dinámica de la polarización genera cohesión y solidaridad al interior del propio grupo y conflicto latente o manifiesto entre grupos opuestos, ofreciendo una imagen de aparente homogeneidad intragrupo, que invisibiliza la diversidad de posiciones e incluso conflictos existentes en su interior.

Por otra parte, espacios sociales de convivencia como familias, escuelas, iglesias, comunidades se posicionan en alguno de los dos polos de la confrontación, sosteniendo las mismas actitudes de exclusión, rigidez o enfrentamiento presentes en la lucha política.

El impacto psicosocial de esta polarización depende de una variabilidad de factores que incluyen desde la clase social, ubicación geográfica de la población (capital, regiones) hasta variables de edad, sexo, estado de salud, cercanía o exposición con situaciones de violencia directa y problemas personales, familiares, comunitarios o institucionales existentes previamente. Así mismo, el impacto de la polarización social se agudiza o disminuye en momentos de incremento o “tregua” de la conflictividad sociopolítica.

Por ello, aun cuando amplios sectores sociales del país muestran signos de polarización, no es posible generalizarlos a toda la población, ni unificar su expresión en distintos momentos, ni en todos los estratos sociales y regiones del país.

El impacto psicosocial de la violencia tiene un carácter individual y social. Martín Baró (1990) habla de trauma psíquico y social, para referirse al daño y sufrimiento personal, a la par del impacto y significado colectivo en las dinámicas de grupos o comunidades. Así, el “sufrimiento ético-político” (Sawaia, 1998), el malestar y duelo social que deriva de esta confrontación entre sectores sociales opuestos, exige un análisis que trascienda el énfasis patologizante que reduce los procesos psicosociales a síntomas individuales, considerando a los afectados como “víctimas” de trastornos psicológicos o físicos, desconociendo las realidades históricas, culturales y políticas que supone la experiencia colectiva de la polarización y la violencia política.

mercenarios, fascistas, conspirativos, zombies, sifrinos, nazi de pacotilla, escorias burguesa, pitiyanquis, vende patria, parásitos, oligarcas, etcétera.

El incremento de sucesos de agresión, muerte y destrucción material o simbólica transforma en cotidiana la convivencia con la violencia y en este proceso de internalización se transforma tanto la identidad del individuo como sus relaciones sociales.

Las situaciones de conflicto político, polarización y violencia social y política vividas en Venezuela en los últimos años, y su significativo impacto psicosocial, han favorecido la naturalización y legitimación de la violencia. Paralelamente, al proceso de habituación⁵ y desensibilización⁶ frente a la violencia, se produce la transformación de valores como solidaridad, justicia, esperanza, paz, verdad, confianza, dignidad por aquellos contrarios que aparentemente permiten alcanzar la seguridad y el equilibrio.

Se trata de un proceso traumático de cambios que trastoca la vida de la población, la cual asume como normal, natural o habitual lo que no lo es. En este proceso cada sector, según sus propias vivencias o la información que obtenga (medios, rumores, etcétera), construye su concepción de lo que ocurre, alimenta los imaginarios del miedo, incrementa sus hermetismo como colectivo y percibe a las personas o grupos externos como amenaza. El temor a ser agredido por el “otro enemigo” (Lozada, 2004) genera una angustia que transforma el actuar del grupo o la persona, llevándolo a radicalizar su posición, defenderse o atacar para mantenerse a salvo. “Paradójicamente, se cree que la situación “más segura” es la de aquellos que se encuentran en el vértice de los dos polos. Sin embargo, son estas situaciones, que entrañan mayor peligro objetivo, las que llevan a asumir mayores riesgos en la confrontación” (Martín-Baró, 1983, p. 12).

⁵ El fenómeno de “habituación a la violencia” (política, género, mediática, escolar, etcétera) ha sido suficientemente abordado desde distintas aproximaciones. Penalva (2002) aborda el tratamiento de la violencia en los medios de comunicación, y Antón (1998) ofrece algunas herramientas de competencia cultural para una aproximación crítica a la misma. Ver también: <http://www.fss.uu.nl/mc/nl/onderzoek/unesco.htm>

⁶ “La palabra “estética” proviene de “sensibilidad” y, así, estética es lo que se siente... Paradójicamente, si se quiere, la estética más atractiva e impactante se hace progresivamente insensibilizadora de tan fuerte y tan tupido que pega, así que en vez de hablar de una estética de la violencia que de bonita no tiene nada, que no sensibiliza sino que desensibiliza, resulta más adecuado hablar de una anestésica de la violencia, que consiste en el adormecimiento o atrofia de la sensibilidad fina merced a tantas expresiones burdas y al hecho de que cada vez tienen que ser peores” (Fernández- Christlieb, 2008, p. 31).

Esto se ve agravado por la distorsión de atribución: a la otra parte se le atribuyen la peor de las intenciones y las acciones desmedidas suyas o de su grupo, se perciben invariablemente como respuestas a las amenazas o agresiones del contrario. En fin, se justifican las propias acciones heroicas⁷ y violentas (p.e.: armarse o buscar instrumentos de defensa ante el posible ataque) como respuesta a la violencia que se anticipa, la que desencadena el miedo.

Estas acciones, además de territorializar el conflicto⁸, provocar daños a estructuras físicas: inmuebles, calles, plazas, paseos peatonales, provocar contaminación ambiental y violentar los derechos ciudadanos de libre acceso y circulación, seguridad pública, recreación, esparcimiento y paz, contribuyen también a exaltar una cultura heroica de violencia, de trauma y gloria, que afecta la convivencia democrática y el respeto a los derechos humanos.

En este proceso de naturalización y legitimación de la violencia, tanto instituciones estatales como distintos sectores sociales, pueden llegar a justificar la violación de los derechos humanos, la ejecución de homicidios, torturas, juicios populares, golpes de Estado, y la guerra puede convertirse en un fin en sí misma.

En este contexto de amenazas y agresiones, de negación y rechazo del oponente, de expresiones masivas de descontento, aunado a la percepción de inutilidad de las formas de manifestación cívica y de creciente impunidad, se cierra el espectro de perspectivas políticas no violentas y aumenta la desesperanza respecto a las vías cívicas, pacíficas y democráticas del manejo de los conflictos o problemas sociales. Ésta ha sido una de las consecuencias

⁷ Los discursos y estrategias de acción, defensa y ataque utilizadas por distintos sectores pro y contra gobierno en distintos espacios públicos en Venezuela (calles, plazas, barrios, urbanizaciones, etcétera) subrayan significados asociados a conquista, batalla, guerra, que reivindican la visión militar, mítica, heroica, libertadora y legitiman la violencia como medio para la búsqueda reivindicativa de intereses ciudadanos (Valdivieso, 2004).

⁸ Especialmente en Caracas, las luchas por la democracia y, más concretamente, por la denominada “democracia participativa”, se han polarizado, creando feudos y guetos urbanos. Así, “la territorialización de los conflictos políticos, la aparición de espacios altamente segregados, la pérdida de libertad para desplazarse en la ciudad, dado el alto riesgo de ser identificado con el “otro”, el creciente deterioro de los servicios y calidad de vida de los ciudadanos y el surgimiento de los espacios del miedo y de la violencia, han conducido a la pérdida del derecho a la ciudad” (García Guadilla, 2003, p. 11).

más graves del incremento de la violencia sociopolítica en Venezuela, a la cual se suma la impotencia ciudadana frente al clima de inseguridad imperante debido al aumento en cantidad y crueldad de los delitos⁹.

En fin, la polarización social, que parece erigirse y extenderse como mecanismo de poder y control sociopolítico a nivel nacional, regional y mundial, tiene graves consecuencias:

- Fragmenta el tejido social, por el incremento de la desconfianza y miedos colectivos.
- Fractura o destruye espacios de convivencia social
- Desconfigura valores y símbolos socialmente construidos
- Contribuye a exaltar una cultura heroica, de violencia, de trauma y gloria, que afecta la convivencia democrática y el respeto a los derechos humanos
- Territorializa el conflicto, demarcando el espacio público en zonas, feudos y guetos urbanos a “favor o en contra”
- Limita la libre circulación de los ciudadanos en el espacio público
- Reduce las actividades recreativas y de esparcimiento en espacios públicos, debido a la inseguridad y al clima de tensión imperante
- Produce daños patrimoniales y urbanos
- Genera dolencias orgánicas y psicoafectivas (dolor, miedo, rabia, incertidumbre, inseguridad, impotencia), que afectan el desempeño y funcionamiento cotidiano.
- Afecta relaciones y dinámicas familiares, laborales, comunitarias, institucionales.
- Obstaculiza el manejo democrático y pacífico de los conflictos
- Estimula la adquisición de armas por parte de la población

⁹ En agosto 2010, entre los principales problemas que confrontan las comunidades, la Encuestadora Seijas reporta la inseguridad (83,8%) como “respuesta espontánea”. Esta inquietud ciudadana era destacada igualmente en el año 2009 en el informe “Inseguridad y violencia en Venezuela” (Briceno-León, Ávila y Camardiel, 2009).

- Construye representaciones del conflicto y sus actores, sobredimensionadas por los medios de comunicación públicos y privados
- Invisibiliza la histórica y compleja causalidad estructural de los conflictos sociopolíticos (exclusión, pobreza, desempleo, corrupción, agotamiento del modelo político tradicional, por ejemplo)
- Privilegia la gestión del conflicto y su solución en los actores políticos en pugna, excluyendo al resto de los sectores sociales
- Empobrece el discurso y debate público
- Genera un fuerte impacto psicosocial
- Naturaliza y legitima la violencia como eficaz mecanismo de poder y control social y político

2. IMAGINARIOS DE LA EXCLUSIÓN: NOSOTROS-ELLOS

En una investigación realizada en el año 1998 sobre representaciones sociales de la democracia en Venezuela, la diferenciación “nosotros (el pueblo) y ellos (los gobernantes)” destacaba en el cuestionamiento a una “democracia sospechosa” acusada de corrupción, inequidad y limitada participación social (Lozada, 1999).

Hoy, más de una década más tarde, el lugar ocupado en la dicotomía nosotros-ellos, se resignifica en las representaciones de los grupos políticos confrontados que demarca la polarización. Así, la identificación con “nosotros” y el rechazo a “ellos” dependerá de la cercanía o distancia de la propuesta gubernamental, cuya cara más visible y polémica es el presidente de la República Hugo Chávez. En esta diferenciación grupal se revela una elaboración ideológica del conflicto que refleja las profundas diferencias socioeconómicas y culturales, mantenidas y reforzadas por una desigual distribución de la riqueza a lo largo de distintos regímenes democráticos. Estas diferencias y desigualdades, que en otros momentos históricos se han traducido en violentas manifestaciones sociales (p.e. “Caracazo”, año 1989), han jugado un importante rol en el contexto actual, generando consensos y semejanzas intragrupos y profundos disensos y diferencias intergrupos, tomando expresión política la polarización social gestada en décadas de exclusión. No obstante su marcada diferenciación, las representaciones de los grupos en conflicto destacan algunos elementos comunes:

- Diferenciación intergrupala: identidad del propio grupo construida desde la diferenciación del otro-enemigo.
- Identidad de sí mismo y el otro, definidos a partir de referencia al líder: chavistas y antichavistas.
- Ausencia de significados compartidos.
- Resignificación y atribución de significados de discurso y acción del otro, a partir de representaciones estereotipadas de clase, sexo, raza, etnia, etc.
- Dificultad o ausencia de diálogo.
- Clima de sospecha y desconfianza.
- Referencia acusatoria a acciones del pasado ejercidas por el grupo contrario.
- Negación del otro como adversario político o interlocutor válido.
- Privilegio de juicio moral: nosotros: buenos, no violentos, etcétera; ellos: lo contrario.
- Exacerbación emotiva y violencia discursiva.
- Sobrevaloración o desvalorización de las bases sociales representadas por cada grupo: mayorías-minorías.

Para Salas (2004), la diferenciación entre sectores sociales en Venezuela en el actual contexto, se representan en dos tipos de ciudadanía: una revolucionaria y otra de resistencia, que se corresponden respectivamente con dos tipos de sujetos sociales “pueblo” y “sociedad civil”¹.

Esta autorrepresentación de los grupos se corresponde de una parte con la “fusión-identitaria” líder-pueblo, existente entre mayorías populares y Chávez (Silva, 1999), y de otra parte con la identificación de los sectores medios y altos con una categoría que orientó las prácticas de esos actores sociales en contextos nacionales y transnacionales durante las últimas décadas (Mato, 2004).

La polarización ha revelado una marcada distancia social, una percepción estereotipada de los grupos, una diferenciación que subraya diferencias ideológicas, pero también las características que en el plano subjetivo toma la exclusión, y las formas sutiles o grotescas de discriminación clasista, sexista, racista entre grupos, que se han expresado en una variedad de

formas en manifestaciones de protesta o celebraciones grupales en calles y avenidas (p.e.: pancartas, monigotes, grafitis, máscaras, bailes, música, etcétera).

La visibilización de formas de racismo y clasismo actual y la tendencia del venezolano a considerar al otro como un obstáculo en la construcción de la convivencia cotidiana (Silva, 2004) que se ha revelado en el marco del conflicto, “quiebra la vitrina” y echa por tierra la “ilusión de armonía” (Naím y Piñango, 1984) sostenida por el discurso público y la democracia representativa en Venezuela durante décadas.

La modernidad, y con ella los significados instituidos de desarrollo, igualdad, justicia y equidad, ha develado su inconsistencia en una sociedad marcada por la marginalidad, la exclusión, la injusticia, la desigualdad, la impunidad y la dependencia de centros de poder económico y político transnacionales.

La densidad simbólica de la democracia venezolana (Contreras, 2003), al igual que la ilusión de desarrollo, como imaginario de integración económica, social y cultural que se implantó en Venezuela y en otros países del eufemístico “Tercer Mundo”, no logró encarnar en un proyecto político, ni en una comunidad que cristalizara las necesidades de pertenencia, arraigo e integración social de la ciudadanía venezolana.

Los patrones de exclusión económica y social, exacerbada en las representaciones de los grupos en conflicto en la actual coyuntura política, revela las fisuras en la estructura de sentido y el intercambio de significaciones compartidas que hacen posible la vida social. La confrontación discursiva, la percepción estereotipada de grupos opuestos, dificulta las posibilidades de dialogar, de llegar a acuerdos sobre asuntos de interés común, a partir del debate de ideas y propuestas de solución a las graves problemáticas que enfrenta el país. Desaparece así la base para la interacción cotidiana, ningún marco de referencia puede ser asumido como válido para todos, los valores dejan de tener significado colectivo y se pierde incluso la posibilidad de apelar al “sentido común”, pues se encuentran cuestionados los presupuestos mismos de la convivencia.

LA INFLUENCIA SOCIAL MINORITARIA: LOS LLAMADOS NI-NI

Ubicado al margen del esquema maniqueo de la polarización característico de la conflictividad sociopolítica de los últimos años en el país, las encuestadoras reconocían en el año 2005 un importante sector con poca visibilidad pública, denominados “Ni-Ni” (ni con el gobierno, ni con la oposición)¹⁰.

La identidad del ni-ni¹¹ para los que se refieren a ellos, resulta algo más nebulosa que consolidada. Si bien en ciertas ocasiones se le atribuye un pasado u origen remoto (cuando se cataloga de ni-ni a todos aquellos venezolanos que han demostrado una actitud, ya sea apática o irresponsable a nivel de ciudadanía, desde décadas atrás) y hasta mundial (cuando se establece una similitud entre los ni-ni en Venezuela y los grupos que han servido de mediadores de conflictos en otros países), lo frecuente es considerarlos como un fenómeno reciente, que emerge luego de reconocerse la polarización sociopolítica en el país y a partir de su presencia en las encuestas de opinión pública.

Ahora bien, sobre cómo se forma o como resulta un ni-ni, prevalece la idea de que es un tipo peculiar de venezolano caracterizado en términos de incapacidad, falta de voluntad, indiferencia o comodidad para apegarse o asumir una postura ideológica (polarizada). Entre las principales características utilizadas para describirlos destacan, además de su falta

¹⁰ Las encuestas reconocían en el año 2005 un sector denominado NI-NI (ni con el gobierno, ni con la oposición) que representaba, aproximadamente, 51% de la población, 37% a sectores chavistas y 11% de oposición (Hinterlaces, marzo, 2005).

¹¹ Partiendo de los discursos contenidos en diversos artículos (impresos y en línea) que tratan directamente sobre el grupo catalogado como Ni-Ni, encontramos en una investigación adelantada en la Unidad de Psicología Política, UCV, en el año 2005, una serie de rasgos que dan cuenta de su identidad. La misma emerge a partir de la mirada de otros y desde la autopercepción de miembros identificados con el sector, del tipo de interacción o trato que se establece o dirige hacia el grupo, de las relaciones entre los ni-ni y otros actores sociales, así como los escenarios o determinadas situaciones coyunturales que les sirven de contexto de inserción. Entre las categorías más relevantes, encontramos las referidas a su identidad, la postura política, la dicotomía inclusión y exclusión, las elecciones como acontecimiento polémico, las analogías y diferencias con seguidores de la oposición y oficialismo, el tema de la política como eje central de los discursos, el ataque como modo predominante de interacción hacia el ni-ni, la ausencia de participación como rasgo distintivo del ni-ni y la polarización como el escenario que “mejor” describe la situación venezolana.

de postura política (calificada usualmente como neutral), la carencia de organización y estructura grupal (sin líderes, sin organización, sin intereses y objetivos), rasgos de personalidad como apatía, falta de compromiso, desinterés e irresponsabilidad (ciudadana y nacional), así como su diversidad en cuanto a conformar un perfil concreto o composición demográfica determinada. No obstante, en algunos discursos se caracteriza al ni-ni como una persona de clase media, de alto nivel educativo (intelectual, profesor, universitario) y menores de 35 años. En resumidas cuentas, el ni-ni vendría a ser una persona joven, preparada, de clase media, pero desinteresada a nivel de política y con el propio acontecer nacional, alguien que no ejerce sus deberes ciudadanos.

No obstante, dada la opacidad identitaria del ni-ni en los discursos analizados, son diversos los calificativos utilizados para nombrarlo. Predominan aquellos que dan cuenta de la falta de una posición radical: ni-ni, no-no, no fanatizados, ningunistas, nihilista, pantano, llanura, los del medio, independientes. Otros los ubican y reconocen como sector: terciarios, tercero, terceras vías, primera minoría, los del medio, tercer lado, tercer sector. Hay quienes los califican por su pasado: vieja izquierda, ex chavista; por algún interés, preferencia o rechazo: antimilitarista, institucionalista, constitucionalista, progolpista; por su rol ciudadano: apáticos asqueados, abstencionistas, típicos vecinos apáticos; por ocultar su identidad: chavista de closet; o por lo borroso de su perfil: gris. Para quienes se consideran parte de este grupo, prefieren llamarse “sí-sí”, por sus objetivos e intereses relacionados con la inclusión, el diálogo, la tolerancia y paz. También son reconocidos por la frase “Aquí cabemos todos”, título de un documento redactado por un grupo de personas procedentes de espacios académicos, religiosos, comunitarios, mediáticos, que no se identifican con ninguno de los polos en confrontación. Esta frase que sirve de consigna, fue usada con frecuencia en tono irónico y burlesco por quienes dicen querer comprender al grupo.

En los discursos analizados, los ni-ni son objeto de examen, sospecha, intento de comprensión y caracterización. Algunos niegan o desconocen su presencia, y otros recurren a la burla, la descalificación, el sexismo, el irrespeto, las amenazas, los insultos y la discriminación hacia este grupo social. Dichas actitudes parecen derivarse de la dificultad de comprensión de su aparente neutralidad en medio de la polarización, por la propia postura polarizada de quienes escriben y por la escasa presencia de los ni-ni, al menos en el ámbito de la opinión pública. Además del ataque y agresión

hacia el sector, también son objeto de culpabilización y exigencias. Al ni-ni se le atribuye ser causante de los diversos males de la nación, tanto pasados como recientes, tan amplios como la crisis del país como otros más delimitados como la falta de acuerdos, organización, voz, participación y trabajo en contextos como la escuela, comunidad, universidad. Por otra parte, aun cuando se describen como seres ayunos en postura política, se les exige plegarse y asumir alguna, porque incidirán en la suerte de uno de los polos al momento final de un conteo o proceso comicial.

A la hora de caracterizarlos políticamente y, en cierta forma, derivado de la diversidad que se le atribuye, se construye toda una taxonomía de los diferentes perfiles donde pueden incluirse. Básicamente, se clasifican en términos de su apego (en el pasado) a uno de los dos bandos o posturas ideológicas en confrontación, abandonada por hastío, comodidad o el propio espíritu apático, donde siempre se añade el perfil del “ciudadano” indiferente a la política y nada participativo. Esta clasificación va desde: ex chavista, vieja izquierda, oposición decepcionada, antimilitaristas, promanodura, institucionalista-constitucionalista, apático, abstencionista estructural, ni-ni de derecha, ni-ni de izquierda, ni-ni contra-contra. Lo menos frecuente son los discursos que dan cuenta de la aceptación y respeto, pues aquellas personas que los consideran un “tesoro”, se refieren al mismo como voto a conquistar y captar para el propio bando (oficialista u oposición), mediante estrategias de acercamiento menos o más elaboradas.

Por otra parte, para quienes se reconocen como ni-ni, la caracterización es otra. Si bien son conscientes de la propia diversidad y ausencia de liderazgo, no lo consideran como limitantes o cualidades negativas y se describen como personas interesadas en el diálogo, la tolerancia, la inclusión, que permanece a la espera de un espacio de debate y diálogo entre sectores políticamente contrarios en torno a las problemáticas más urgentes que confronta el país.

NOSOTROS: ¿UN NORTE COMÚN?

Como vemos, las vicisitudes de la historia política reciente en Venezuela, el resquebrajamiento del modelo político democrático de los últimos cuarenta años, provocó una progresiva fractura en las prácticas simbólicas o afectivas que suponía un “nosotros colectivo”, generándose representaciones antagónicas y mutuamente excluyentes entre distintos sectores sociales.

La aguda polarización grupal que provoca esta propuesta, donde cada sector lucha por defender y mantener su posición, cuestiona el carácter consensual y dialógico de las representaciones de la democracia, del modelo de desarrollo, construidas y compartidas socialmente durante décadas en Venezuela. Sin embargo, es la democracia misma la que sirve de superficie de inscripción de esta polarización de los grupos. Esta “polarización del consenso” (Moscovici y Doise, 1992; Galam y Moscovici, 1995) que supone el debate y argumentaciones entre posiciones opuestas, herencia de la propuesta ideal habermasiana de una esfera pública autónoma y libre de coerción, encuentra sus límites en sociedades socavadas por la inequidad social y la crisis de representatividad democrática, cuyo fin del consenso se expresa en diversas expresiones de conflictividad sociopolítica.

Esta ruptura del consenso, fuente de conflicto, innovación y cambio, también es terreno propicio para la influencia minoritaria, revelando así el carácter complejo y conflictivo de los sistemas sociales, lejos del equilibrio, donde se enfrentan presiones sociales y mecanismos inconscientes e irracionales para impedir o inocular el cambio.

Se trata, entonces, de aproximarse a la dimensión histórica, económica, cultural y subjetiva de la actual crisis política con el fin de explorar las fisuras y heridas gestadas en la construcción de las narrativas que sustentan estas memorias enfrentadas, de cómo se ha ido construyendo el odio, el miedo y el terror en un sujeto fragmentado, excluyente y excluido que desparrama por las calles su inconformidad, su resistencia, en fin, su subjetividad (Salas, 2004).

Es claro que la comprensión del conflicto ya no se satisface con argumentos referidos a la crisis socioeconómica, a las fragilidades del sistema democrático, ni con aquellos que subrayan la pérdida de credibilidad en las instituciones, el agotamiento de las formas organizativas y de participación tradicionales y la deslegitimación de nuestro sistema político. Es tiempo de articular estas explicaciones y su vinculación con elementos subjetivos de la vida social en democracia. Es tiempo de articularlas con los componentes simbólicos e imaginarios de la psicología colectiva, desde una temporalidad que defina la intencionalidad de la mirada y la acción de futuro. Ello implica, de una parte, el análisis de lo imaginario que aseguran la estabilidad y transformación de los sistemas de representación y, de otra, el rol transformador e innovador de las influencias sociales.

Se trata, entonces, de aproximarnos a una mirada psicosocial a esta reconfiguración actual de lo social y lo político en Venezuela, de sus manifestaciones y expresiones en calles y plazas, que revelan conflictos entre distintos imaginarios y significaciones de proyectos políticos antagónicos, que se construyen mediante una multiplicidad de prácticas. En fin, de aprovechar y recuperar la urgencia de esta realidad inmediata a través de un tiempo histórico, para vincular historicidad y horizontes de futuro.

Los procesos y acontecimientos sociopolíticos son portadores de nuevas significaciones capaces de transformar, desencadenar y posibilitar nuevos decursos de la acción social y política de los imaginarios sociales emergentes (Castoriadis, 2001, p. 193). Tal vez se trate de apostar a la capacidad creativa del imaginario, al imaginario radical, como fuente de creación. Aquel imaginario capaz de pensar en lo posible, gracias a la capacidad de imaginar lo imprevisible. Esta imaginación radical, esta capacidad de la psique de crear un flujo constante de representaciones, deseos y afectos, debería conducirnos a construir nuevos imaginarios sociales, imaginarios inclusivos que signifiquen y den sentido a las crecientes demandas de participación, de distintas formas de ciudadanía, en medio de la emergencia o reconocimiento de nuevos sujetos sociales.

Se trata de abordar la reconstrucción crítica de nuestra memoria histórica, la sistematización de los saberes sociales y multiplicidad de experiencias sociopolíticas impulsadas o profundizadas en este momento histórico. Hoy más que nunca toma vigencia el desafío que enfrentan los pueblos latinoamericanos, que nos recordaba Martín-Baró: democracia, autonomía e identidad histórica, desafíos que se constituyen, en términos de historicidad y compromiso político-disciplinar, en tarea fundamental para la psicología política latinoamericana. Esto es:

1. Reconocer la historicidad de los procesos políticos que se vienen sucediendo en América Latina, sus transiciones y sus crisis, a partir de nuestra propia realidad política.
2. Analizar con conciencia crítica, histórica y política las posibilidades y límites de la psicología para abordar e impulsar procesos democratizadores en la región.
3. Acompañar desde el quehacer transdisciplinar los procesos de promoción y defensa de los derechos políticos, sociales, económicos y civiles de

distintos sectores de la población, sin mistificar la participación social de las mayorías populares marginadas y sin excluir otros sectores sociales.

4. Profundizar el estudio de los obstáculos y posibilidades de la integración latinoamericana en tiempos de globalización.
5. Impulsar la reconstrucción de la memoria histórica e identidades negadas, invisibilizadas o marginadas de nuestros pueblos.

Se trata, como afirmaba Martín-Baró (1988), de “llevar al quehacer psicológico una conciencia clara sobre sus repercusiones políticas y de llevar al quehacer político una conciencia sobre su dimensión psicológica” (p. 112). Para ello, obviamente, se requiere reivindicar la conciencia crítica en la labor de docencia, investigación e intervención que adelantamos.

Se trata, entonces, de asumir el desafío ético de la alteridad, ese “hacerse cargo de la realidad” que caracteriza nuestro quehacer, del cual hablaba Ellacuría (1990), el cual supone la responsabilidad hacia el otro, el que somos, el que constituye la base que define el yo, antes que, incluso, su libertad. No es, pues, la libertad la que se constituye y da sentido al sujeto (como en el existencialismo y el individualismo liberal), sino la responsabilidad hacia el otro, un “legítimo otro”, en términos de Levinas. Ello contrapone al modelo neoliberal, centrado en la visión individualista del ser humano, una concepción social y comunitaria del hombre y por ello solidaria y responsable del resto de los humanos, nosotros.

En fin, tiempos de cambio, de innovación y crecimiento personal y colectivo como ciudadanos, como país. Tiempos de asumir el desafío histórico de la política, entendida como vivencia cotidiana, como negociación de la diversidad, tiempos para recrear y significar el imaginario: nosotros, con sentido y norte de futuro común.

* Este artículo está basado en parte del material recogido y publicado en Lozada, M. (2001). *Polarización política y social en Venezuela y otros países. Experiencias y desafíos*. Centro Gumilla, Caracas.

REFERENCIAS

- Antón, J.A. (1998). *Medios de comunicación, conflictos y Tercer Mundo, Las raíces de los conflictos, unidad didáctica 8*. Madrid: Observatorio de Conflictos, CIP.
- Briceño-León, R., Ávila, O. y Camardiel, A. (2009). *Inseguridad y violencia en Venezuela - Informe 2008*. Caracas: Editorial A-Lacso.
- Castoriadis, C. (2001). *Figuras de lo pensable: la encrucijada del laberinto VI*. Buenos Aires: FCE.
- Contreras, M. (2003). Impensando la ciudadanía moderna: alteridad y racismo en el sistema mundial. *Cuadernos del Cendes*, 20 (54), 29-54.
- Coronil, F. (2002). *El estado mágico. Naturaleza, dinero y modernidad en Venezuela*. Caracas: CDCH, Nueva Sociedad.
- Ellacuria, I. (1990). Utopía y profetismo. En I. Ellacuria y J. Sobrino (Eds.). *Mysterium liberationis. Conceptos fundamentales de la teología de la liberación*. Madrid: Trotta, S.A.
- Ellner, S. y Hellinger, D. (2003). *La política venezolana en la época de Chávez. Clases, polarización y conflicto*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Fernández-Christlieb, P. (2008). Anestésica de la violencia. *El Alma Pública*, 1 (1), 25-33.
- Galam, S. y Moscovici, S. (1995). Vers une théorie des phénomènes collectifs: consensus et changements d'attitudes. En E. Drozda-Senkowska (Ed.). *Irrationalités collective* (pp. 265-304). Paris: Delachaux & Niestlé.
- García-Guadilla, M. (2003). Politization and polarization of Venezuelan civil society: Facing democracy with two faces. *International Congress of the Latin American Studies Association*, Dallas, Texas.
- Lozada, M. (2004a). El otro es el enemigo: imaginarios sociales y polarización. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10 (2), 195-211.
- Lozada, M. (2004b). "El ciberciudadano: representaciones, redes y resistencias en Venezuela y América Latina". En D. Mato (coord). *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (pp. 167-180). Caracas: Faces-UCV.
- Lozada, M. (2001). Venezuela: psicopolítica de una ilusión. *Memoria*, 154, 149-153.
- Lozada, M. (1999). La democracia sospechosa: la construcción del colectivo en el espacio público. En G. Mota (Coord.). *Psicología política del nuevo siglo*. México: Somepo/SEP.

- Martín-Baró, I. (1988). Hacia una psicología política latinoamericana. En B. Jiménez (Comp.), *Ignacio Martín-Baró. Psicología de la liberación para América Latina*. Universidad de Guadalajara.
- Martín-Baró, I. (1990). *Psicología social de la guerra*. San Salvador: UCA Editores.
- Martín-Baró, I. (1983). Polarización social en el Salvador. *Estudios Centroamericanos*, 38 (412), 129-143.
- Martín-Baró, I. (1985). "Conflicto y polarización social". *XX Congreso Interamericano de Psicología*, Caracas.
- Mato, D. (2004). Actores globales, redes transnacionales y actores locales en la producción de ideas de sociedad civil. En Mato, D. (coord.), *Políticas de ciudadanía y sociedad civil en tiempos de globalización* (pp. 167-180). Caracas: Faces-UCV.
- Medina, M. y López Maya, M. (2003). *Venezuela: confrontación social y polarización política*. Bogotá: Ediciones Aurora.
- Mitchell, W. (1996). City of bits. Recuperado el 10 de agosto de 2001, del sitio web del Massachusetts Institute of Technology: http://mitpress2.mit.edu/e-books/City_of_Bits/contents.html.
- Moscovici, S. y Doise, W. (1992). *Dissensions & consensus*. Paris: Presses Universitaires de France.
- Naím, M. y Piñango, R. (1984). *El caso Venezuela: una ilusión de armonía*. Caracas: Ediciones IESA.
- Penalva, C. (2002). El tratamiento de la violencia en los medios de comunicación, Alternativas. *Cuadernos de Trabajo Social*, 10, 395-412.
- Salas, Y. (2004). La Revolución Bolivariana y la sociedad civil: la construcción de subjetividades nacionales en situación de conflicto. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10, 291-111.
- Sawaia, B. (1998). Afectividad y temporalidad en el cuerpo teórico-metodológico de la psicología social. *Revista Avepsa*, 2 (1), 53-64.
- Silva, C. (2004). Dos veces otro: polarización política y alteridad. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10 (2), 129-137.
- Silva, C. (1999). El populismo poblado: psicopolítica del hartazgo y el voto real. *Revista Avepsa*, 21 (1), 109-118.
- Valdivieso, M. (2004). Confrontación, machismo y democracia: representaciones del heroísmo en la polarización política en Venezuela. *Revista Venezolana de Economía y Ciencias Sociales*, 10 (2), 1137-1154.